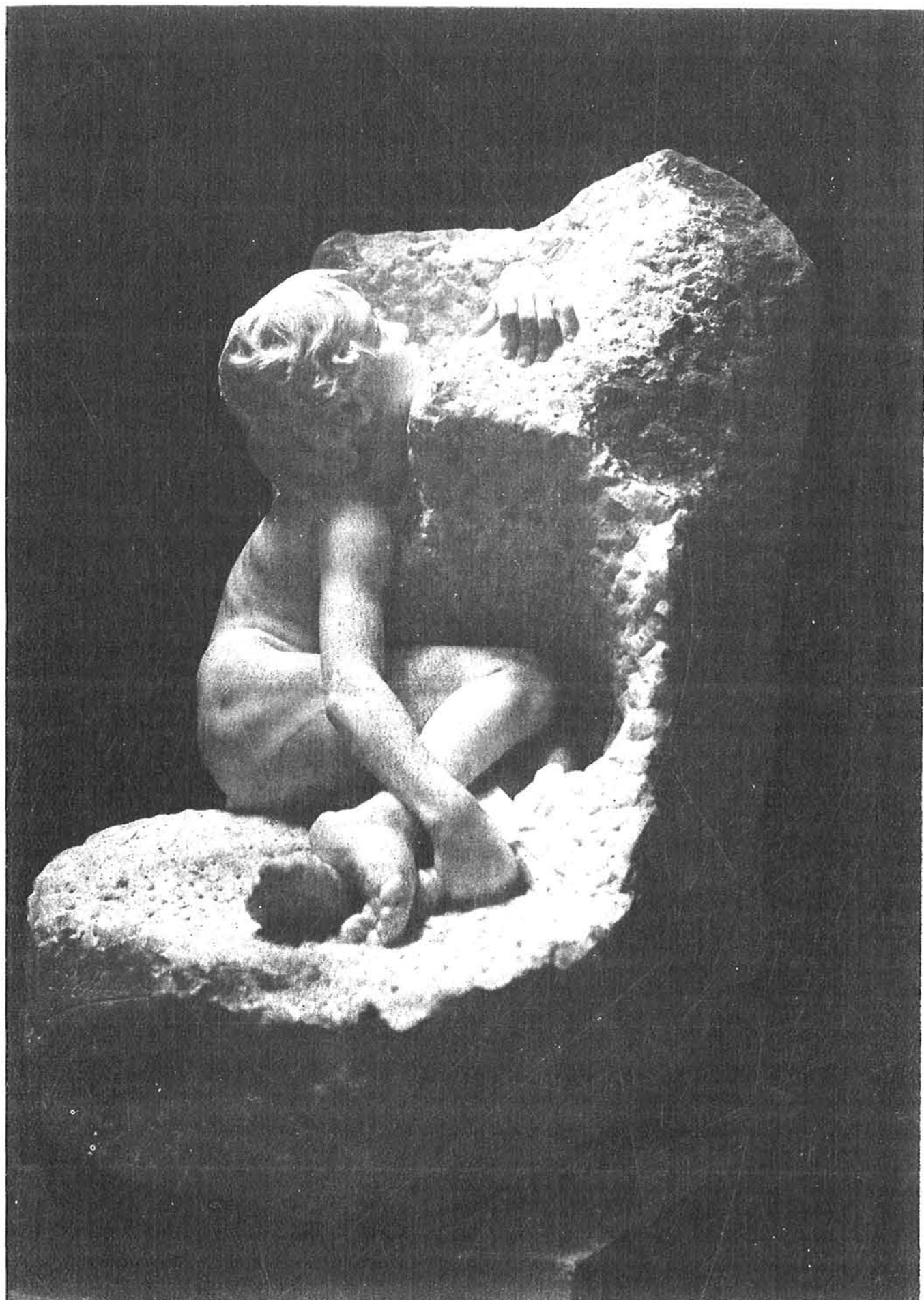


EN MEMORIA DE AGUSTIN QUEROL

POR

JOSÉ FRANCÉS



AGUSTÍN QUEROL: «Niño sentado», de *La Tradición*.



AGUSTÍN QUEROL: «Eulalia».

EN las postrimerías del año 1959 se cumplió el cincuentenario de la muerte de Agustín Querol. Excepto la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, que le dedicó un emotivo recuerdo en una de sus reuniones semanales, pasó inadvertida la efeméride de lo que fueron vida y obra de una de las más destacadas figuras del arte finisecular español.

Agustín Querol había nacido en Tortosa el año 1863 y falleció en Madrid el 15 de diciembre de 1909.

Se sabe bien que los tortosinos tienen muy en mucho el ser nativos de aquella ciudad, hasta el punto de que es casi corriente que se estimen, no como catalanes o valencianos, sino como tortosinos, e incluso aquellos que no escasean de positiva cultura y conocimiento de su legítima ascendencia se denominan dertusinos, es decir, hijos de la antigua Dertusa romana.

Respondió plenamente Agustín Querol a esta ufanía y lo demostró como hombre y como artista, porque desde la humilde condición de su nacimiento supo alcanzar pronto exacta y perdurable nombradía en España y fuera de nuestra nación.

Hijo de un panadero, ejerció él también durante los primeros años de su adolescencia el oficio familiar. (Acaso la mala intención y la natural envidia, frecuentes entre los que cultivan las mismas actividades y profesiones, se aludió más de una vez en el argot artístico con sentido peyorativo, al monumentalismo escultórico del siglo XIX a la palabra "tartas"). Nada tan incierto e injusto, porque fué Querol uno de los escultores que con mejor ímpetu y más gallardía plástica realizó una obra fecunda y popularmente difundida sin menoscabo estético del concepto, una pasión y un estilo personal dentro de la general ampulosidad de su tiempo.

Discípulo de Talam y de los hermanos Vallmijana, conoció los más

ásperos y difíciles días de sus comienzos artísticos. Durante bastante tiempo tuvo, como taller, la caseta de un guardagujas del ferrocarril de Barcelona a Sarriá y en ella fué donde creó sus primeros trabajos. Obtuvo la primera medalla en 1887 y la medalla de honor en 1906, tres años antes de su muerte en la plenitud física y ya en pleno disfrute del dilatado eco de sus méritos.

Existencia colmada de esfuerzos y voluntad bien reconocidos. Pocas como ella tan sorprendente de espíritu y acción creacionales, fué sorprendentemente fecunda su labor. El temperamento de Agustín Querol, activo, entusiasta, audaz en el noble sentido de la palabra le hizo destacarse con ímpetu extraordinario y triunfal. Ardía en el fuego claro de su violencia generosa, efusiva y decisiva rica de impulsos seguros. No era la otra violencia negativa, corrosiva que consumen resentimiento, la envidia o el inconfesable fracaso íntimo contra los éxitos ajenos.

Dió acaso, tal vez, exagerada muestra de ello, cuando en la Exposición de pensionados en la Academia de Roma presentó el relieve *Tulia pasando por encima del cadáver de su padre*, y atacó agresivamente juvenil al Director de la Institución, el eminente pintor don Vicente Palmaroli, en pleno acto inaugural.

Asimismo en los comienzos de una madurez expansiva que le desvió con demasiada persistencia de su arte hacia las tareas políticas que encalientan a las gentes españolas de toda condición por ajena e incapaz que sean para ellas.

La personalidad de Agustín Querol está primordialmente difundida por sus creaciones monumentales. Es el narrador fogoso, humano, de las magnas exaltaciones conmemorativas de figuras y hechos históricos con arrogante simbolismo plástico. Se inflamaba de su propia fantasía escultórica en alegorías peculiares de un temperamento meridional esencialmente mediterráneo. Así lo testimonia la serie de obras de este género esparcidas no solamente en nuestra patria, sino en Italia y en los países hispanoamericanos tan afines a nosotros.

Testimonio elocuente dan los monumentos a los *Mártires de la Re-*

ligión y de la Patria y el *Conmemorativo de los Sitios*, en Zaragoza; los del *Coronel Bolognesi*, en el Perú; el de *Legazpi y Urdaneta*, en Manila; el de *Garibaldi*, en Montevideo; el de la *Columna del 9 de julio*, en Guayaquil; el del *Centenario de la Nacionalidad Argentina*, en Buenos Aires; al *General Urquiza*, en Panamá. Y los consagrados a Quevedo (Madrid), Linares Rivas (La Coruña), Méndez Núñez (Vigo) y Segismundo Moret (Cádiz).

Importa asimismo recordar su fantasía imaginativa y su amplio concepto decorativista manifiestos en el frontón del Palacio de Bibliotecas y Museos y los grupos escultóricos y relieves del antiguo Ministerio de Fomento en Madrid, los del teatro Nacional de Méjico y del Palacio de Justicia de Barcelona.

Pero además debe añadirse a nuestra evocación de lo que fué y representa a la luz del presente este caudaloso exaltado y apasionado arrebató plástico del monumentalismo público peculiar de Agustín Querol, la otra faceta de su producción, no menos numerosa y dilecta de su sensibilidad: la serie de figuras aisladas o en grupos que respondían a otro género, concreto y definido también de propósito, concepto y estilo adecuado. Grupos como los admirables de *Tradición* y *Sagunto*; bustos como los de *Julia* y *San Francisco*, igualmente famosos, y las figuras y retratos de convincente humana veracidad, de animosa captación.

Porque se comprende, al recordarlo así, que Agustín Querol, hijo de su tiempo, no fué de aquellos artistas a quienes las generaciones subsiguientes a la suya del ochocientos pueden lapidar ni prescindir de recordarla con el merecido respeto a un creador de belleza, fiel así mismo a lo largo de una vida apasionada de su propia verdad.